

## CAPÍTULO IX

# Siguiendo la antigua ruta a través del mar desecado de Lop

**E**N el capítulo siguiente daré cuenta del largo viaje por el desierto que en febrero y marzo de 1907 me llevó, por la ruta de Marco Polo, de Lop a Dunhuang y me condujo al descubrimiento de la antigua muralla fronteriza china cerca de este oasis más occidental de la China propiamente dicha. Este viaje me permitió localizar con certeza el punto de partida oriental de aquella prohibitiva ruta desértica hacia Loulan, que durante siglos había servido como nexo de unión entre China, Asia central y Occidente. Pero el intento de seguirla sólo era posible desde el lado de Loulan. Desde allí, además, la tarea iba a resultar formidable. Así que tendría que esperar hasta siete años, cuando mi tercera expedición me permitiera emprenderla.

El 8 de enero de 1914 llegué a Charklik. Una vez más, el pequeño oasis debía servir de base para mis exploraciones en el desierto de Lop. Pero mis dificultades aumentaron considerablemente por un acontecimiento significativo debido a los problemas causados en el Turquestán por la revolución china, los cuales describiré aquí brevemente. Antes de partir la víspera de Año Nuevo desde Cherchen hacia Charklik, me enteré de que una banda de «revolucionarios» chinos, en otras palabras, tahúres y aventureros, había partido poco antes hacia Charklik y, según se informaba, había atacado y capturado al magistrado del distrito de Charklik. El suboficial chino de Cherchen se había visto impotente de impedir la revuelta. De modo que, con toda consideración, me proporcionó presentaciones, una sobre el infortunado *amban*, suponiendo que de algún modo había

recobrado la libertad y la autoridad, y la otra sobre el espíritu dirigente de los «revolucionarios», a quien sagazmente él adivinaba instalado por ellos en el cargo.

En el curso de las diez marchas hacia Charklik, principalmente a lo largo del río Cherchen, no nos encontramos con un solo caminante. Esto me pareció extraño en aquel momento. A mi llegada, comprobé que no se había podido presentar ninguno de los dos. Cuando la pequeña banda de revolucionarios había capturado y luego asesinado cruelmente al desventurado magistrado, su líder se había erigido en *amban ad interim*, mientras los mahometanos locales miraban con indiferencia. Pero al cabo de una semana llegó un pequeño destacamento de tropas dunganas desde la lejana Karashar. Introducidos sigilosamente en el oasis por los mismos versátiles jefes locales, habían sorprendido a los revolucionarios mientras dormían y los habían matado o capturado a todos. Este levantamiento local no había dejado autoridad civil china alguna, y en su ausencia no se podía esperar ayuda efectiva de los apacibles *loplik*s y sus indolentes jefes.

Me molestaron mucho los consiguientes retrasos en la obtención de los suministros, la mano de obra y los camellos necesarios para mis exploraciones cuidadosamente planeadas. Pero, en realidad, los disturbios revolucionarios serían una suerte al final. Después de mi partida de Charklik me vi obligado a dedicar casi dos semanas de extenuantes trabajos en el yacimiento de Miran para rescatar lo que quedaba de esas bellas pinturas murales, que he descrito en el séptimo capítulo como descubiertas en la mayor de dos rotondas en ruinas. Mientras estaba ocupado, recibí información de sir George Macartney, cónsul general británico en Kashgar, de que se había emitido un edicto desde el cuartel general de la provincia china, que ordenaba a las autoridades del distrito que impidieran los trabajos de prospección por nuestra parte. La intención era prácticamente poner fin a todas mis exploraciones. El siempre vigilante amigo había invocado inmediatamente la intercesión del ministro británico en Pekín. Pero, mientras tanto, tendría que enfrentarme, si no a un intento de

injerencia forzosa, sí a la obstrucción pasiva china, tan fácil de aplicar en mis circunstancias.

Afortunadamente, la esperada prohibición de Charklik nunca llegó. Como supe más tarde, me pude zafar de esta gracias al oportuno estallido «revolucionario». Éste había eliminado al magistrado legítimo del distrito antes de que pudiera tomar ninguna medida. Su sucesor rebelde, que se había hecho cargo del *yamen* y había encontrado allí las órdenes, tenía asuntos más urgentes y provechosos que atender antes de ser asesinado él mismo. Posteriormente, los comandantes militares, en estricta observancia de las normas oficiales chinas, se abstuvieron cuidadosamente de ocuparse de los asuntos civiles y mantuvieron sellados los papeles del *yamen* hasta que el nuevo magistrado llegó del lejano cuartel general de Urumchi y tomó posesión del cargo. Sin embargo, ¡qué alivio sentí cuando hube reunido a salvo todo lo que necesitaba y pude partir hacia el desierto sin agua, donde no había riesgo posible de interferencia humana!

Mis tareas incluían la excavación de cualquier ruina que pudiera revelar las nuevas exploraciones previstas en el delta desecado del Kyruk Darya y la búsqueda de la antigua ruta china que una vez condujo hacia el este de Loulan. A fin de disponer de tiempo suficiente para esta última empresa, bastante peligrosa, era esencial realizar las excavaciones con rapidez y, por lo tanto, llevar conmigo tantos trabajadores como me fuera posible mantener abastecidos de agua, o más bien de hielo. Con grandes cargas de hielo suficientes para asegurar el suministro mínimo de agua para treinta y cinco personas durante un mes, además de provisiones de alimentos de un mes para todos y de un mes adicional para mis propios hombres; y con el equipo indispensable para proporcionar protección en el desierto invernal expuesto a vendavales helados, los treinta camellos que conseguí reunir, incluyendo nuestros propios quince, no eran en absoluto demasiados. Ni que decir tiene que todo el mundo tenía que ir a pie.

El 1 de febrero de 1914, ya habíamos puesto en marcha esta gran columna desde Miran. Al día siguiente tomamos nuestro suministro

de hielo empacado en bolsas de una laguna terminal del Tarim. Desde allí, cuatro marchas nos llevaron a mi objetivo inmediato, un gran fuerte en ruinas que había sido avistado por primera vez algunos años antes por Tokhta Akhun, mi viejo y fiel seguidor *loplik*. La erosión del viento había socavado profundamente el suelo exterior y en algunos lugares había roto por completo la sólida muralla que lo rodeaba. Estaba construida con capas alternas de fajinas de matorral y arcilla estampada, según el modelo observado antes en la antigua muralla fronteriza china al oeste de Dunhuang. Se recuperaron abundantes reliquias en forma de tallas arquitectónicas de madera, utensilios, monedas, etcétera; al despejar lo que quedaba de las viviendas del interior. Las hileras de árboles caídos que bordeaban las orillas del fuerte permitían seguir fácilmente el curso de un río seco bien marcado que pasaba por allí. Su dirección demostraba que se trataba de un brazo meridional del Kyruk Darya, el «río seco», que antaño llevaba agua al emplazamiento de Loulan.

Tras seguir este brazo del río, llegamos a un segundo fuerte más pequeño y, al norte, a los restos dispersos de un extenso asentamiento. Sus viviendas de madera y zarzo habían sufrido mucho por la erosión del viento. Sin embargo, donde los montones de basura consolidados habían ayudado a proteger los suelos originales, encontramos antiguos registros en madera y papel en dos de las primeras escrituras indias, karosti y brahmi, así como en chino y sogdiano primitivo. También había otros restos interesantes, como una fina arqueta lacada, fragmentos de tejidos figurados de seda y lana, de aperos agrícolas de madera, etcétera. Al igual que el yacimiento de Loulan, este asentamiento debió haber sido abandonado a principios del siglo IV d. C.

Las pruebas arqueológicas aquí obtenidas tuvieron su valor especial al ayudar a datar una variedad de características físicas observadas en las inmediaciones del asentamiento en ruinas. Éstas arrojan luz sobre la hidrografía y la ocupación temprana de esta parte de la región de Lop durante los tiempos históricos y prehistóricos. A este último periodo pertenecen los abundantes hallazgos de uten-

silios de piedra, como puntas de flecha neolíticas y hachas de jade, recogidos en el terreno erosionado de las inmediaciones.

En las dos largas marchas que nos llevaron al yacimiento de Loulan, pasamos una vez más por una sucesión de antiguos lechos fluviales. Todos estaban bordeados por hileras de *toghrak* —álamos silvestres— caídos y claramente marcados por su dirección como pertenecientes al delta que una vez formó el Kyruk Darya, el «río seco». Hallazgos de monedas chinas Han y de pequeños fragmentos de metal y cerámica se mezclaban libremente en algunos lugares con reliquias de la Edad de Piedra sobre el suelo desnudo erosionado por el viento. La ruta que seguimos fue diferente de la de mi primera visita en 1906, pero tanto los hallazgos como las observaciones confirmaron plenamente las conclusiones a las que llegué entonces.

Llegamos al sitio en ruinas de Loulan bien entrada la noche del 10 de febrero, después de luchar a través de esa interminable sucesión de empinadas terrazas de *yardang* tan difíciles de cruzar para los camellos. Desde nuestro campamento base en las ruinas de la conocida estupa, me adentré en el desconocido desierto hacia el este y el noreste, mientras nuestros excavadores seguían trabajando con buenos resultados en las pequeñas ruinas periféricas y en los depósitos más profundos de desechos que habían pasado desapercibidos durante la tensión de mi visita anterior. Entre los hallazgos realizados en el curso de esta nueva limpieza había más documentos en madera y papel en chino, karosti y la lengua iraní conocida desde mis descubrimientos de 1906-07 como sogdiano temprano.

Igualmente interesante fue una serie de observaciones minuciosas que pude hacer en el terreno contiguo al lugar en ruinas sobre los niveles en los que un retorno temporal del agua; tras el abandono de la estación china, había detenido de vez en cuando el proceso de denudación y erosión eólica al permitir que la vegetación del desierto creciera de nuevo y protegiera así el suelo arcilloso. Estas observaciones mostraban claramente que el proceso, por sorprendentes que sean sus efectos en todas partes, no había sido constante durante los mil seiscientos años transcurridos desde que el lugar fuera abando-

nado al desierto. El agua, que explicaba la aparición aquí y allá en las depresiones de escasos matorrales de tamarisco y juncos ya muertos, sólo podía proceder del río seco. De hecho, al regresar en 1915 al Kyruk Darya, en el desierto, más al oeste, donde su lecho podía seguirse claramente a lo largo del pie de las completamente estériles Kuruk Tagh, las «colinas secas», descubrí que en su interior podía extraerse agua salobre cavando pozos poco profundos en algunas hondonadas. De ahí que no pudiera sentirme del todo sorprendido cuando en mi cuarto viaje por la cuenca del Tarim (1930-31) me enteré de que un reciente gran cambio hidrográfico que afectaba al curso del Tarim había hecho que la mayor parte de sus crecidas estivales se encontraran con el Konche Darya mucho más al norte que antes, y desviarán así las aguas unidas de ambos una vez más hacia el río seco y hacia la zona de la antigua Loulan. Lamento no haber tenido la oportunidad de estudiar este último cambio en la cuenca del Lop debido a la obstrucción china.

Llegó el momento de hacer un trabajo más emocionante cuando, a mediados de febrero, pude dedicarme a la tarea principal que me había traído de vuelta a esta tierra desolada de Loulan. Había sido debidamente preparada por reconocimientos hechos principalmente con la ayuda de Afrazgul Kan, el joven, aunque celoso e inteligente dibujante pastún que se había unido a mí como cipayo de los fusileros de Khyber y que desde entonces, por sus méritos, ha llegado muy alto en el servicio de cartografía de la India. Aquellos reconocimientos, en un terreno que no había sido tocado por los pies del hombre en muchos siglos, condujeron al descubrimiento de una sucesión de restos al noreste que indicaban claramente que la antigua ruta comercial y militar china, que yo estaba ansioso por seguir hacia Dunhuang a través del desierto, había seguido esa dirección, al menos en su parte inicial.

El más cercano de aquellos restos era un antiguo cementerio situado a unos seis kilómetros del sitio de Loulan, en la cima de una terraza de arcilla aislada, o mesa, que se elevaba unos once metros sobre el suelo erosionado. A los lados de la mesa, las tumbas habían

quedado parcialmente expuestas y destruidas por la erosión del viento, que había socavado los bancos y provocado su caída. Pero la cima del altiplano había estado a salvo de este agente destructor, y allí una serie de grandes fosas sepulcrales, reveladas por la rápida limpieza, ofrecían un rico botín de restos arqueológicos en una confusión bastante desconcertante.

Mezclados con huesos humanos y fragmentos de ataúdes, aparecieron depósitos funerarios de todo tipo, objetos de uso personal como espejos de bronce decorados, modelos de madera de armas y utensilios domésticos, documentos chinos en papel y madera y, sobre todo, una maravillosa variedad de tejidos que deleitaron mis ojos. Entre ellos había piezas de sedas de hermosos colores, fragmentos de ricos tapices y bordados, así como alfombras afelpadas, junto a toscos tejidos de lana y fieltro. Pronto se hizo evidente que aquí se habían utilizado restos de prendas de todo tipo para envolver cuerpos. No podría haber deseado una exposición más representativa del antiguo comercio de la seda, que había sido uno de los principales factores en la apertura de esta primera ruta para las relaciones directas de China con Asia central y el lejano Occidente.

Era fácil darse cuenta, por diversos indicios, de que el contenido de estas fosas debía de proceder de tumbas más antiguas que la erosión del viento o alguna causa similar había dejado al descubierto o amenazaba con destruir por completo. En consecuencia, las reliquias aquí salvadas, obedeciendo a una costumbre piadosa que aún se practica entre los chinos, pueden asignarse con seguridad a ese período del gobierno de la dinastía Han que siguió a la primera expansión del comercio y el poder chinos en Asia central hacia finales del siglo II a. C.

La gran cantidad de sedas bellamente labradas, tanto policromas como adamascadas, que se han recuperado aquí, han resultado ser toda una revelación en cuanto al estilo artístico y la perfección técnica de los productos del tejido de seda chino que viajaban hacia el oeste a través de Loulan mientras el comercio seguía esta ruta. Estas reliquias del arte textil chino, de la época de Cristo y anteriores, tie-

nen un interés especial porque se han conservado en la misma ruta del primer comercio de la seda. Pero igualmente importante para el estudioso de aquellas primeras relaciones entre Extremo Oriente y Occidente es observar que entre los tejidos decorados se encuentran fragmentos de tapices de lana exquisitamente trabajados que muestran un estilo inequívocamente helenístico. Ya sean de fabricación local o importados de territorios centroasiáticos situados más al oeste, tenemos en ellos sorprendentes ilustraciones de una influencia cultural a la que esa antigua ruta del desierto también sirvió durante siglos, pero en sentido inverso.

Los numerosos e interesantes detalles revelados por el examen de la técnica, el material y los diseños de estos especímenes, los más antiguos conocidos hasta ahora del arte textil decorativo de China, han sido tratados en mi libro *Innermost Asia*. Entre los tapices de influencia clásica hay un fragmento de una cabeza de Hermes de diseño clásico. Otra pieza de tapiz refleja curiosamente la mezcla de influencias artísticas chinas y occidentales, y obviamente fue producida en Asia central. En este caso, los motivos decorativos del borde, inconfundiblemente clásicos, se combinan con la figura de un caballo alado bien conocido en las esculturas chinas de la época Han.

Tras continuar hacia el noreste durante otros doce kilómetros, pronto dejamos atrás el último lecho seco del río, alimentado antaño por el Kyruk Darya y marcado aún por troncos de álamos silvestres y tamariscos muertos desde hace siglos. Luego nos topamos con las ruinas de un pequeño castro amurallado que, como demostró un examen minucioso, había servido de punto de apoyo avanzado para las misiones y tropas chinas cuando alcanzaran por primera vez el territorio habitable de Loulan desde el lado de Dunhuang. Sus muros, contruidos con capas alternas de fajinas de junco cuidadosamente aseguradas y arcilla estampada, y notablemente bien conservados tras dos mil años de exposición, mostraban una concordancia tan estrecha en todos los detalles constructivos con la extensión más occidental de la antigua muralla fronteriza Han en el desierto de Dunhuang que no cabía duda sobre su datación. Al igual que dicha

muralla, los muros fueron construidos durante el primer avance militar de los chinos en la cuenca del Tarim. Representaba la cabeza de puente occidental, por así decirlo, de la ruta por la que fue posible ese avance.

Los muros del castro, construidos con la misma habilidad técnica que los del antiguo *limes* de Dunhuang, habían resistido bien los ataques del enemigo más formidable de esta región, la erosión eólica. Su fuerza destructiva, que ha actuado durante dos mil años, no había conseguido romper seriamente estos enormes muros. Pero en el interior de la circunvalación, la fuerza del viento había causado terribles estragos, abriendo huecos de hasta seis metros o más por debajo del nivel del suelo. Sin embargo, en un montón de basura al abrigo de la muralla norte, sobrevivieron registros chinos fechados, pertenecientes, como la mayoría de los encontrados en el sitio de Loulan, al periodo que precedió al abandono definitivo de la ruta, poco después del final del siglo III d. C.

Más allá de esta gran estación fortificada se encontraron otros restos. De especial interés fue un pequeño fuerte en ruinas descubierto a unos cinco kilómetros al noreste, en la cima de una escarpada meseta de unos treinta metros de altura, desde la que se dominaba una vista lejana de los desolados parajes circundantes. La posición elevada, junto con la absoluta aridez del clima desde tiempos remotos, había asegurado aquí un estado de conservación verdaderamente notable a los cuerpos de hombres y mujeres encontrados en tumbas, fuera de lo que evidentemente era un puesto de vigilancia ocupado por indígenas Loulan. Varios de los cuerpos estaban maravillosamente bien conservados, junto con sus depósitos funerarios. Los gorros de fieltro decorados con grandes plumas y otros trofeos de caza, las flechas que llevaban a los lados, las toscas, pero resistentes prendas de lana, las pequeñas cestas cuidadosamente tejidas que contenían la comida de los muertos, etcétera; todo indicaba que se trataba de una raza de pastores y cazadores seminómadas, tal como los *Anales de la dinastía Han* describen a las gentes de Loulan, cuando los chinos los encontraron en la primera apertura de la ruta a través del desierto.

Era una sensación extraña contemplar figuras que, a no ser por la piel reseca, parecían las de hombres dormidos, y sentirse así cara a cara con gentes que habitaron y, sin duda, se contentaron con esta lóbrega región de Lop hace dos mil años. Las características de las cabezas de los hombres mostraban una estrecha afinidad con la raza alpina que, como han demostrado los materiales antropométricos recogidos por mí, sigue siendo el elemento predominante en la constitución racial de la población actual de la cuenca del Tarim. La vista lejana que se obtenía desde este punto elevado permitía afirmar que nos hallábamos cerca del extremo oriental del terreno al que antaño llegaba el agua vivificante del río. Más allá, hacia el este, se extendía la ilimitada extensión de sal resplandeciente que marcaba el lecho marino desecado del Lop.

Aparte de su interés directo, los descubrimientos brevemente indicados tenían una importancia especial, ya que me proporcionaban un punto de partida seguro y cierta orientación para la difícil tarea que aún tenía ante mí, la de recorrer la antigua ruta china a través del desierto prohibitivo hacia el este. Pero era imposible partir de inmediato. El trabajo incesante en el desierto sin agua y la exposición constante a sus vientos helados habían agotado a nuestros trabajadores *loplik*, por muy resistentes que fueran. Una vez terminada la última excavación en las ruinas del noreste, tuve que llevarlos de vuelta a nuestro campamento base de Loulan, donde podrían regresar sanos y salvos al mundo de los vivos.

Allí, en la estación en ruinas, me reuní, para mi gran alivio, con mi viejo y valiente compañero de viaje, Rai Bahadur Lal Singh, a quien había enviado desde Miran para hacer un reconocimiento a lo largo del moribundo Tarim hasta el Konche Darya y luego por el lecho del río seco hasta Loulan. Con él llegó también aquel valiente cazador, Abdurrahim, del Kuruk Tagh, quien, con su experiencia de una vida en el desierto y sus magníficos camellos, aportó nuevas fuerzas a nuestro grupo. Puede servir para ilustrar la resistencia de sus animales el hecho de que la cría de camello que una de ellas dio a luz en el lugar de Loulan atravesara posteriormente con nosotros to-

dos aquellos páramos sin agua, de sal y grava, ilesa y después de los primeros días de incorporarse sobre sus propias patas.

Las indicaciones topográficas que yo había deducido de la posición de los restos descubiertos sucesivamente parecían apuntar a que la antigua ruta había discurrido hacia el noreste. Sin embargo, este rumbo nos alejaba perpendicularmente de la línea por la que, como mostraba nuestra cartografía anterior, debíamos buscar el camino directo hacia el punto de partida oriental de la ruta, más allá de la terminación de la antigua muralla fronteriza china. Era una observación claramente desalentadora para la búsqueda que tendríamos que hacer de la antigua ruta, ya que el terreno que teníamos por delante carecía, con toda probabilidad, de todos los recursos para la vida humana, incluida el agua.

Una cuidadosa preparación era esencial para garantizar la seguridad en semejante viaje a través de un páramo absoluto. Su duración, estimada en al menos diez días de marcha, iba a poner a prueba la resistencia de nuestros valientes camellos, ya duramente castigados por el trabajo de las semanas precedentes. Así pues, en esta etapa fue necesario llevar primero a mi grupo hacia el norte, a los lejanos manantiales de sal de Altmish Bulak, al pie del Kuruk Tagh. La marcha de tres días permitió descubrir interesantes restos en pequeños cementerios chinos en el glacis de grava que domina la antigua franja ribereña. Hubo que parar unos días en Altmish Bulak para que nuestros camellos recuperaran fuerzas pastando en los cañaverales y para que bebieran algo después de tres semanas. También a nosotros, los humanos, nos pareció deliciosa esta pequeña parcela de vegetación.

Después de reponer nuestras provisiones de hielo y de aprovisionarnos cuidadosamente de combustible, partimos el 24 de febrero hacia nuestras respectivas tareas. La asignada a Lal Singh consistía en inspeccionar las desconocidas costas nororientales de la gran cuenca incrustada de sal que representaba el antiguo lecho marino desecado de Lop. Yo mismo, acompañado por Afrazgul, me propuse buscar la antigua ruta china en el lugar donde abandonaba el borde de la zona de Loulan, antaño habitada, y seguirla sobre cualquier te-

rreno que pudiera haber atravesado en dirección a Dunhuang. Era una tarea fascinante, que combinaba el interés geográfico y el histórico, pero que también entrañaba graves dificultades y riesgos.

Por lo que sabía del carácter general del terreno que teníamos ante nosotros, era seguro que no podíamos esperar encontrar agua. Ni siquiera combustible con que derretir nuestro hielo, antes de dar con el camino de caravanas que conducía de Charklik a Dunhuang. Esto significaba unos diez días de dura marcha, y había un límite para la resistencia de nuestros valientes camellos, ya muy exhaustos por el trabajo de las semanas precedentes en el desierto absoluto. Era imposible prever qué obstáculos físicos podrían encontrarnos y retrasarnos en este páramo tan desprovisto de todo recurso. Quedaba el problema de cómo dar con el trazado de la antigua ruta y seguirla a través de un terreno que a lo largo de la historia había sido más árido, quizá, que cualquier otra zona similar de este planeta. No habría tiempo para una búsqueda cuidadosa de cualquier reliquia dejada por el antiguo tráfico. Mucho, si no la mayor parte del objetivo que tenía ante mí, debía dejarlo en manos de la buena fortuna, junto con los indicios que pudiera deducir de observaciones anteriores. La fortuna me acompañó más de lo que me había aventurado a esperar.

Las dificultades físicas no tardaron en presentarse cuando nos abrimos camino hacia el sur, a través de un perfecto laberinto de empinadas terrazas de arcilla y lomas incrustadas de sal dura, y el 25 de febrero llegamos a las proximidades de aquel pequeño fuerte periférico. Allí tuve la suerte de descubrir más restos que confirmaron mi conjetura de que el rumbo inicial de la ruta era hacia el noreste. En el borde mismo de la zona con signos de vegetación muerta, me topé con una imponente meseta que tenía en su cima los restos, casi completamente erosionados, de una antigua torre de vigilancia del tipo que me resultaba familiar de la muralla fronteriza china más allá de Dunhuang. Evidentemente, habíamos llegado aquí al límite oriental de la zona a la que las aguas del río seco habían llevado vida en otro tiempo. Más allá no había ruinas que nos guiaran, pues nos adentrá-

bamos en un terreno que a lo largo de la historia debió de estar tan desprovisto de vida vegetal o animal como lo está ahora. Cuando dejamos atrás los fragmentos marchitos y blanqueados del último tamarisco muerto que yacía sobre el suelo salado, sentí que habíamos pasado de la tierra de los muertos a un terreno que nunca conoció la vida, excepto en la ruta que íbamos a seguir.

Pero a medida que avanzábamos hacia el noreste, y seguíamos la brújula a través de yermos absolutamente estériles de detritus arcillosos o costras de sal, la casualidad acudía una y otra vez en nuestra ayuda de un modo que a veces parecía casi insólito. Hallazgos de antiguas monedas chinas de cobre, pequeños objetos metálicos, abalorios y similares, parecían querer asegurarnos que seguíamos cerca de la antigua ruta por la que los misioneros, tropas y comerciantes chinos habían atravesado durante cuatro siglos este desierto sin vida. Estos hallazgos demostraron que yo tenía razón al confiar en que aquellos antiguos chinos, con su sentido topográfico, habían elegido por buenas razones este rumbo, por desconcertante que pareciera en aquel momento.

Baste mencionar aquí el que quizá fue el más sorprendente y grato de estos hallazgos. Hacía tiempo que habíamos dejado atrás los últimos vestigios de vegetación muerta que marcaban el final del antiguo delta cuando, de repente, encontramos la antigua línea de la ruta claramente marcada por doscientas monedas de cobre chinas esparcidas por el lúgubre suelo de arcilla incrustada de sal a una distancia de unos treinta metros. Estaban dispuestas en una línea bien definida de noreste a suroeste. Las monedas, cuadradas, eran todas del tipo Han y parecían recién acuñadas. Estaba claro que se habían soltado del cordel que las ataba y que poco a poco habían ido cayendo por una abertura de la bolsa o estuche en que las transportaba algún convoy. A unos cincuenta metros, en la misma dirección, había esparcidas puntas de flecha de bronce, evidentemente sin usar. Su forma y peso concordaban exactamente con la munición de la época Han, tan familiar para mí por los hallazgos a lo largo del *limes* de Dunhuang. No cabía duda de que las monedas y las puntas de fle-

cha habían caído de algún convoy de provisiones que se dirigía a Loulan en tiempos de Han. Su permanencia en el suelo se explica fácilmente si suponemos que el convoy se desplazó de noche y un poco fuera de la ruta principal, pero en la dirección correcta.

La larga marcha de aquel día nos llevó junto a un extenso conjunto de grandes mesetas que, con sus formas fantásticamente erosionadas, sugerían curiosamente torres, mansiones o templos en ruinas. Era fácil reconocer en ellas aquellos montículos erosionados por el viento que un antiguo texto chino menciona cerca del extremo noroccidental de Puchang, o el «pantano salado», es decir, el anterior lecho marino de Lop, donde los chinos antiguos situaron las ruinas de una mítica «ciudad del dragón». Finalmente, después de continuar un día más hacia el noreste a través de arcilla desnuda y detritus de yeso, llegamos a un imponente cinturón de terrazas erosionadas cubiertas de sal. Correspondían claramente a las que los avisos chinos de la antigua ruta a Loulan mencionan y describen gráficamente como los temidos «montículos del dragón blanco». El avance entre ellas fue muy duro para las patas de nuestros pobres camellos. Ya estaban doloridas, y había que recurrir noche tras noche al doloroso proceso de cosido de parches descrito anteriormente. Pero aún peor era afrontar la travesía del lecho del mar muerto de Lop, con su terrible superficie de sal dura, que yo sabía que se extendía más lejos.

Me disponía a escalar una prominente meseta que nos había servido de punto de referencia y a utilizarla como vigía, cuando un afortunado hallazgo en sus laderas, de monedas chinas y una colección de objetos metálicos, entre ellos una daga y una brida de hierro bien conservadas, demostró que evidentemente había servido de lugar de parada en la antigua ruta. La inspección del terreno confirmaba la hipótesis de que se había usado con ese fin, porque a sus pies se encontraba el primer terreno, bastante llano y limpio de sal, que los viajeros encontraban después de pasar el duro fondo marino con incrustaciones de sal.

Así que decidí inmediatamente dirigirme directamente hacia el este, hacia ese lecho, y la travesía efectuada al día siguiente demostró que me había guiado correctamente. La marcha a través de este lecho marino petrificado, con su dura costra de sal arrugada en grandes tortas oblicuas y con pequeñas crestas de presión entre ellas, fue muy dura tanto para los hombres como para los animales. Pero cuando esta fatigosa caminata de treinta y dos kilómetros nos llevó a salvo al primer trozo de sal blanda frente a la línea opuesta de terrazas recubiertas de sal, y pudimos detenernos para descansar, tuve motivos para sentirme contento de mi elección y agradecido por los hallazgos que la habían motivado. Como demostraron los reconocimientos posteriores, habíamos cruzado el prohibitivo lecho del mar salado por su punto más estrecho, y nos habíamos librado así de pasar la noche en un terreno en el que ni los animales ni los hombres habrían encontrado un lugar en el que descansar cómodamente.

Fue, sin duda, esta consideración la que determinó a los primeros pioneros chinos a elegir esta línea para su ruta. Pronto volvieron a aparecer pruebas arqueológicas del antiguo tráfico por ella en forma de monedas y otras pequeñas reliquias cuando, a través del cinturón opuesto de los «montículos del dragón blanco»,\* llegamos a las orillas orientales del antiguo pantano salado. Tres marchas a lo largo de estas orillas, sobre terreno fácil, pero totalmente desprovisto de cualquier rastro de vegetación, viva o muerta, nos llevaron finalmente a la última rama de una baja cordillera desértica, que domina desde el norte la gran bahía en el extremo oriental del antiguo lecho marino desecado. Entonces, mientras bordeábamos su costa, bajo escarpados acantilados que parecían exactamente los de un mar aún existente, tuve la satisfacción de encontrar la antigua carretera china aún marcada en el lugar. Allí, un camino recto y ancho trazado por el paso durante siglos de animales de transporte, y probablemente también

\* Nombre que los habitantes de la región dieron a las rocas salinas que se proyectan a través de la arena y que se asemejan a las púas triangulares del lomo de un dragón.

de carros, atraviesa una pequeña bahía del lecho marino incrustado de sal.

Fue un gran alivio cuando, al noveno día de haber partido desde Altmish Bulak, nos topamos con los primeros matorrales y juncos que crecían en suelo arenoso junto a la orilla del lecho marino desecado. Finalmente, una larga marcha hacia el sudeste nos llevó sanos y salvos a través de la amplia bahía incrustada de sal, que aquí mostraba manchas de salinas, hasta el solitario camino de caravanas hacia Dunhuang, en el pozo de Kum Kuduk.

Cómo se organizó y mantuvo un tráfico de tal magnitud, según indican los anales chinos, en una ruta que atravesaba unos doscientos kilómetros de terreno completamente estéril, ya en la antigüedad, sin agua, combustible o pastos, es un problema que no necesito discutir aquí. Fue un logro cargado de resultados trascendentales para el intercambio de civilizaciones. El hecho de que se debiera mucho más al prestigio, los recursos económicos y la capacidad de organización de China que a la destreza militar de su pueblo o de sus gobernantes tiene un profundo significado. De hecho, este hito del comercio puede considerarse un triunfo de la mente sobre la materia.